

Ética: ¿ante la muerte? Psic. Adriana Mercedes Tejada Montaña

La ética ha tocado el aspecto de la muerte casi sólo con un análisis de los procedimientos al final de la vida, tocando los grandes temas como la eutanasia, el encarnizamiento terapéutico y la analgesia. En realidad ha faltado la verdadera confrontación ética de la muerte a la misma vida, a la vida diaria, a la toma de decisiones, a la revisión de las opciones de vida y del sentido de la misma. La muerte del otro se convierte en una propuesta de re-visión: no puede dejar indiferentes. Al contrario, el hombre por su naturaleza es el único ser capaz de decidir qué hace con su vida hasta el último minuto de ella; su conciencia de finitud le otorga esa cualidad y a menudo poco se aprovecha esta posibilidad o se diluye con facilidad en la gran preocupación por vivir.

En pocas palabras, el sentido de la vida y la manera en que se vive ha de ser una decisión libre y personal como respuesta a la misma vida como indicativo de que se vive: la muerte proporciona el contraste exacto para llevar este ejercicio a cabo.

Ahora se reflexionará sobre algunas de las consecuencias, que a nivel ético, nos plantea la muerte si aspiramos a la “intensidad de vida” como criterio moral. Lo plantea, de una forma muy adecuada, J. Alarcos en su libro *Bioética y Pastoral de la Salud: reconstruir la morada con sentido, repensar la vida, reanimar la justicia, recuperar la esperanza y, para los creyentes, resucitar.*

Re-construir la morada con sentido

En la situación límite de la muerte contemplada, surge como necesidad inmediata el cuestionamiento acerca de la vida, la propia y la de los demás. Todo requiere un sentido, todo se cuestiona, por lo tanto urge darle ese sentido; comúnmente se oye decir: “se me movió todo”, y cae el hombre en la tentación de pensar que la vida, los acontecimientos lo están manejando. Parece como si hubiera perdido el control, ya que ante la muerte nada puede hacer; es como si los hechos determinaran la vida y, al contrario, la tarea es darse cuenta que la historia no puede determinar a la persona en la vida, sino que es la persona quien elige los fines y le da el sentido a la historia. De otro modo la persona humana estaría negando parte de su naturaleza como ser histórico, que se hace en la historia en el transcurrir de la vida, pero realiza un sentido en la medida que hace elecciones y no sobre los hechos, sino sobre la manera en que decide vivirlos y apropiarse de ellos. Este ejercicio lleva a la persona a la adaptación a las nuevas circunstancias y a su nuevo mundo en el cual quiere vivir y hacer su vida. Ya no puede seguir como hasta ahora lo ha hecho, porque su vida efectivamente ya no es la misma. Así ambos cumplen su tarea y responsabilidad: el hombre se humaniza por la historia, ya que sus vivencias lo llevan a ser mejor persona, y la historia se humaniza y *plenifica* por el hombre que la ha vivido.

Repensar la vida

La experiencia de la cercanía de la muerte provoca una auténtica revolución vital, afectando principalmente tres dimensiones del hombre: el yo profundo, el mundo de las cosas y las relaciones humanas y sociales.

Los cambios en el yo profundo comienzan con la modificación y percepción del tiempo: se empieza a relativizar ciertos acontecimientos, actitudes, la escala de valores; la persona se vuelve más intransigente o impaciente con la banalidad y con la tontería; sopesa el tiempo de otra manera; desea aprovechar ese recurso, en la maduración que le da la muerte; muy a menudo no quiere agobiarse por pequeñas situaciones, pues la muerte le ha dado la dimensión exacta a sus ansiedades y miedos.

En el mundo de las cosas, la transformación de los valores hace tomar conciencia de la verdadera finitud de ellas; se valoran más algunos detalles: se veía antes la realidad, con prisa; ahora se siente atraído por el pormenor de las cosas y las vivencias: La contemplación es la forma de acceder al mundo a través de la naturaleza, como símbolo directo de vida.

En el sector de las relaciones humanas y sociales se procura alentar el trato con personas positivas, que le quieran y a los que él quiera de verdad, desentendiéndose de los afectos forzados; se es más paciente, generoso y sereno con los que se ama; en cuanto a la comunicación y expresión se es más directo y más natural en sus temas.

Nadie que de verdad sienta de cerca la muerte del otro queda indiferente, claro siempre y cuando esto permanezca en la memoria y lleve al hombre a tomar decisiones de vida: esto es lo que se llama memoria ética, a diferencia del recuerdo ético que es el que impulsa al hombre a vivir una sensibilidad o incluso hipersensibilidad ética, con respecto al reclamo ético del otro, como sucede a menudo cuando aparece como lamento lo que se pudo haber hecho en la relación con la persona fallecida. La memoria ética lleva a decisiones éticas sobre lo que se puede hacer con los que permanecen vivos.

Vivir, desde la muerte del otro, aporta una triple enseñanza: ayuda a valorar lo que se tiene; permite alejar preocupaciones y deseos triviales; denuncia que la existencia no puede posponerse y no cabe dejar las cosas para el mañana.

Reanimar la justicia

Esta invitación o interpelación ética nace de la realidad: el mundo y la época que le ha tocado vivir a cada hombre no son perfectos, de manera que siempre existe algo que se pueda mejorar. Como la naturaleza del mismo hombre no es perfecta, sino perfectible, ese compromiso se despierta ante la pérdida del otro: anima la necesidad de justicia en el hombre, al querer realizar el deseo más auténtico de no dejar este mundo como se lo encontró; se quiere que su propia vida transforme -mucho o poco- su entorno y su realidad.

Recuperar la esperanza

Cuando llega la muerte, de un plumazo se borran las ganas de proyectar y ver realizados los deseos que se tenían en mente. Desaparecen las ilusiones, las esperanzas: la desmoralización se adueña de la existencia; la quietud y la parálisis se adueñan de la interioridad. Parece como si no cupiera la esperanza en el interior del hombre. Probablemente sea uno de los momentos existenciales más oscuros y dolorosos en el ser humano. Sin embargo, por doloroso y difícil que parezca, el hombre tiene el deber moral de re-cuperar esa capacidad de esperanza que lo distingue como persona.

La esperanza es parte constitutiva del ser humano; en efecto él es el único ser capaz de vivir la esperanza, en la medida que se abre a ella y es movido por ella. Sólo el hombre es capaz de vivir la esperanza, a diferencia del animal que espera, sí, pero espera en un futuro

conforme a una pauta natural: espera a su presa, espera en el nacimiento de su cachorro, espera la luz o la oscuridad del día, simplemente siguiendo una natural existencia. El hombre no: el hombre tiene capacidad de vivir con esperanza, y ésta, a diferencia de la animal, es la espera contra toda espera: el hombre puede esperar más allá de lo que está establecido y marcado.

La esperanza es la actitud anímica en virtud de la cual el hombre confía de modo más o menos firme, nunca con entera seguridad, en la realización de sus posibilidades de ser. Y de acuerdo a ésta definición, queda explícito que el hombre, para esperar, ha de tener un proyecto que alcanzar y un propósito a conseguir: la esperanza dinamiza la vida.

Resucitar

Este compromiso ético para los creyentes, se ilumina con la realidad bíblica: consiste en dar testimonio, no ya de la esperanza de los hombres (de sus deseos y de sus proyectos), por muy altos que estos sean, sino fundamentalmente de la esperanza de Dios para nosotros. El creyente no inventa su esperanza, sino que ésta le viene dada, porque procede de otro lugar, de la promesa de Dios. Este regalo incondicional de parte de Dios dota de incondicionalidad ética los cuatro puntos anteriores: re-construir la morada, repensar la vida, re-animar la justicia y recuperar la esperanza.

Para los creyentes resucitar (del latín resucitare, de re-volver, y suscitare –despertar-) dota de incondicionalidad ética la morada del ser humano, su intimidad, su conciencia, su libertad, para buscar y encontrar sentido y calmar su ansia de verdad y de felicidad.

Quien espera en Cristo no puede conformarse con la realidad existente: ni lo inminente, ni lo presente, ni la vida, ni la muerte son superiores al hombre que se ha confiado en el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Precisamente porque la fuerza y la fidelidad de Dios, a diferencia de la humana, carece de fronteras, se puede afrontar la vida desde la finitud.

Los compromisos éticos ante la muerte reclaman darle a misma muerte su lugar en la existencia humana, para que en su contemplación sea asumida como elemento constitutivo del hombre y como en un proceso de mejora continua. El único compromiso del hombre ante la muerte es: Vivir, y vivir lo más humano posible.